

# Habitar el conocimiento desde la razón vital

*Inhabiting knowledge from vital reason*

<https://doi.org/10.47286/01211463.652>

Julieth Helena Escudero Ocampo<sup>1</sup> 

**Cómo citar en APA:** Escudero Ocampo, J. H., (2025). Habitar el conocimiento desde la razón vital. *Revista Universidad Católica de Oriente*, 36(55), 29 - 34. <https://doi.org/10.47286/01211463.652>

**Fecha de recepción:** 01-09-2025 / **Fecha de aceptación:** 12-12-2025

1 Normalista Superior de la Escuela Normal Superior de María, Rionegro, Antioquia y Licenciada en Filosofía en la Universidad Católica de Oriente. Correo electrónico: julieth.escudero9846@uco.net.co. ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-2877-9296>.

## **Resumen**

Dos de los enfoques del conocimiento, la razón instrumental y la razón vital, han desarrollado el pensamiento filosófico de occidente. Lo instrumental, que alcanzó su máxima expresión con el auge de la ciencia moderna y la Ilustración, se centró en la utilidad y la eficiencia como criterios principales; la razón vital, por su parte, se configuró para recuperar el sentido de la vida humana en su plenitud. Este artículo estudia el paso de la razón instrumental a la razón vital, haciendo una lectura del conocimiento desde la vida humana.

### **Palabras clave**

Razón Instrumental, Razón Vital, Filosofía, Humanismo, Conocimiento, Subjetividad, Educación.

## **Abstract**

Two approaches to knowledge, instrumental reason and vital reason, have shaped contemporary Western philosophical thought. Instrumental reason reached its fullest expression with the rise of modern science and the Enlightenment, focusing on utility and efficiency as its main criteria. Vital reason emerged as an effort to recover the meaning of human life in its fullness. This article examines the transition from instrumental reason to vital reason and offers a reading of knowledge grounded in human life.

### **Keywords**

Instrumental Reason, Vital Reason, Philosophy, Humanism, Knowledge, Subjectivity, Education.

## **Introducción**

El concepto de razón vital incide en la comprensión del conocimiento y en la experiencia humana. A veces, cuando se piensa en el conocimiento, se imagina abstracto, ajeno a lo que se experimenta en la vida diaria. Se concibe como aquellas teorías o datos, que ocurren solo en laboratorios, universidades o libros, sin conexión directa con las emociones y vivencias personales. Desde esta perspectiva, la razón vital presenta una forma de comprensión del conocimiento como aquel que brota de la vida misma, pues es allí donde la experiencia concreta cobra sentido.

Desarrollada por José Ortega y Gasset (1883), la razón vital sitúa que el ser humano no es un ente pensante aislado. El conocimiento nace y se nutre de la experiencia vital. Todo lo que se aprende, piensa y comprende está marcado por las circunstancias personales; por los miedos, deseos y esperanzas. En otras palabras, el conocimiento lejos de ser independiente a la vida misma, está íntimamente ligado a lo humano. Ortega y Gasset no niega la razón instrumental, al contrario la complementa, sin rechazar los logros de la ciencia moderna, y sin pretender un retorno de visiones místicas del mundo. La tendencia de la razón instrumental es la de olvidar

que su objetivo último es preservar la vida humana no solo en términos materiales. Para el filósofo español, la ciencia y la técnica forman parte del ejercicio de la razón humana alcanzando su significado cuando se orientan por las necesidades vitales del hombre.

Como afirma José Ortega y Gasset (1914) “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo a mí” (p. 12). Existe, según esto, la imposibilidad de pensar al ser humano al margen del mundo que habita, de los acontecimientos que lo atraviesan y de las relaciones que lo configuran. La vida se da siempre en una circunstancia concreta que no puede ser eludida, pues constituye el horizonte desde el cual comprender la realidad. Es justo en la trama de lo cotidiano donde el conocimiento cobra vida. La razón vital, sin excluir a la razón lógica ni al saber científico, advierte sus límites al reconocer que la realidad no se deja agotar por lo especulativo. Comprender el mundo exige partir de la experiencia vivida, allí donde la razón se ejerce inseparablemente de la vida.

Piénsese de este modo, toda decisión verdaderamente importante se origina en la vida concreta. Tal como se muestra en *El hombre en busca de sentido*, la capacidad de decidir permanece incluso cuando las condiciones externas reducen al máximo el margen de acción. La decisión no procede de un cálculo abstracto, lo hace de la actitud asumida frente a la propia circunstancia (Frankl, 2004), de la historia personal que pesa sobre el sujeto y de la orientación interior hacia un sentido que reclama realización. En este acto, la razón se cultiva desde la experiencia habida, y el conocimiento que nace no se separa de la vida que lo sostiene, se vuelve una forma de responsabilidad ante la propia existencia.

Por eso, la razón vital invita a mirar más allá de los números o de los hechos fríos, nos recuerda que la vida humana es compleja y que el conocimiento debe abarcar esa complejidad. Cuando se intenta comprender cualquier aspecto de la realidad —sea un problema social, una cuestión científica o una situación personal— se debe tener en cuenta no solo los datos objetivos, sino también la manera en que esos datos afectan y son afectados por las propias experiencias y circunstancias. El conocimiento, para ser completo, debe tener una dimensión humana.

Ahora bien, esto no significa que la razón vital desprecie el conocimiento técnico o científico. De hecho, reconoce su importancia. La ciencia y la tecnología han transformado la forma de vivir, y sin ellas, muchas de las comodidades que disfrutamos hoy serían imposibles. Sin embargo, por más sofisticados que sean estos avances, no se puede olvidar que los seres humanos no son máquinas. El entendimiento del mundo no puede limitarse solo a lo que puede ser medido, cuantificado o experimentado en condiciones controladas. Vivimos en un mundo lleno de incertidumbre, donde cada uno enfrenta provocaciones que no siempre pueden resolverse con fórmulas o algoritmos.

Aquí es donde la razón vital permite pensar en el conocimiento como algo dinámico, que cambia y se adapta a las situaciones que se viven. El saber no es algo estático o algo que se pueda encapsular en una definición precisa. En lugar de buscar una verdad única y absoluta, la razón vital busca múltiples perspectivas, pretende entender que lo que es cierto en un contexto puede no serlo en otro. Ejemplo de esto podría ser el tratar de entender un problema global como el cambio climático, se pueden leer informes científicos, estudiar modelos climáticos y

analizar estadísticas, pero además de esos datos, se necesita comprender cómo este fenómeno afecta de manera diferente a las personas según dónde vivan, su situación económica, o cómo experimentan las consecuencias en su vida diaria. Esa es la dimensión humana del conocimiento que la razón vital actualiza. No basta con conocer los hechos; también se necesita comprender cómo esos hechos impactan en la vida de las personas y cómo las propias decisiones pueden cambiar las vidas para bien o para mal.

Esto lleva a un punto crucial, la razón vital no solo trata sobre el conocimiento del mundo exterior, también se ocupa del autoconocimiento. Al vivir se aprende tanto del mundo que nos rodea como de nosotros mismos. Cada experiencia, éxito o fracaso enseña algo sobre quiénes somos, qué queremos y qué valoramos. Este proceso de autoconocimiento es fundamental para poder comprender verdaderamente el mundo. No se puede separar el conocimiento externo del interno; ambos están interconectados. Así que, cuando se habla de la razón vital, se está hablando de una manera de asumir el conocimiento no solo más compleja, sino más humana.

Este enfoque tiene el potencial de cambiar la manera en que se entiende el conocimiento en todos los ámbitos de la vida, desde la educación hasta la política, desde la ciencia hasta las relaciones personales. Busca no perder de vista nuestra humanidad en la exploración de respuestas y asume que el conocimiento más valioso es aquel que ayuda a vivir mejor, a comprender mejor el mundo en el que vivimos y a ser, en última instancia, más humanos.

Hoy cuando todo se desarrolla a un ritmo que no da tregua, la razón vital da un respiro, una pausa para reflexionar sobre cómo se está adquiriendo y aplicando el conocimiento. Es fácil dejarse llevar por el curso de la información, por la necesidad constante de estar al día con los últimos descubrimientos. Sin embargo, esta vorágine de datos a menudo nos aleja de lo verdaderamente importante, entender la manera en que ese conocimiento impacta las propias vidas y las vidas de los demás.

Es importante recalcar que el conocimiento no se adquiere de manera pasiva. No basta con acumular información, es necesario asimilarla, integrarla en la propia experiencia y reflexionar sobre su sentido. Este tipo de saber, que se construye desde lo humano, permite ser críticos, y no aceptar las cosas sin más. ¿Qué significa esto para mí? ¿Cómo afecta a mi vida o a la vida de los demás? ¿Cómo puedo aplicar este conocimiento de manera que realmente contribuya a un mejor entendimiento del mundo? Son preguntas que pueden formularse desde la razón vital.

Esta forma de pensar el conocimiento es especialmente relevante en la sociedad actual, donde las redes y los medios de comunicación bombardean con información. Vivimos en una era de exposición a cantidades ingentes de datos, pero no necesariamente a más sabiduría. La diferencia entre ambos conceptos es clave, mientras que los datos son piezas de información que se pueden recolectar, la sabiduría requiere la capacidad de interpretar esos datos, darles sentido y ponerlos en sintonía con los valores humanos.

Esto lleva a un punto importante sobre la subjetividad. La razón vital no es un llamado a la irracionalidad o a la falta de rigor en el pensamiento. Al contrario, lo que propone es una revalorización de la subjetividad como una fuente legítima de conocimiento. Cada uno de

nosotros vive en un contexto único, con sus propias circunstancias, y es precisamente desde esa particularidad que se puede acceder a una comprensión del mundo. No se puede conocer la realidad de manera desinteresada o completamente objetiva, porque estamos inmersos en ella. La subjetividad no es un defecto del conocimiento, es una de sus características más esenciales.

No significa esto que todo conocimiento sea relativo o que no existan verdades universales. Lo que la razón vital sugiere es que esas verdades universales solo pueden comprenderse plenamente cuando se conectan con la vida concreta de las personas. No se puede hablar de justicia, por ejemplo, sin tener en cuenta las condiciones reales en las que viven los individuos en una sociedad particular. No se puede hablar de igualdad sin considerar las diferentes circunstancias de las personas y cómo esas circunstancias influyen en sus oportunidades y experiencias. El conocimiento, para ser verdadero, debe estar enraizado en la vida y en la realidad de quienes lo viven.

Cuando se piensa en los grandes avances científicos o filosóficos a lo largo de la historia, muchos de ellos no surgieron solo de la reflexión teórica, también son fruto de la experiencia directa de sus autores con el mundo. Einstein no llegó a la teoría de la relatividad desde un vacío abstracto; su pensamiento fue el resultado de un proceso de meditación y observación sobre cómo el tiempo y el espacio se perciben de manera diferente en cada caso y lugar desde el que se piense. De alguna manera, su descubrimiento puede interpretarse como una manifestación de la razón vital, una verdad científica que surge de la comprensión de cómo los fenómenos naturales afectan a la vida en circunstancias concretas.

Otro ejemplo más cotidiano podría ser el de la medicina. Hoy en día, la medicina se basa en gran medida en la ciencia y la tecnología, lo cual ha permitido avances en la forma en que se diagnostica y se tratan las enfermedades. Pero al mismo tiempo, la medicina no puede ser reducida a una cuestión técnica. Un buen médico no es solo aquel que domina la técnica, es aquel que sabe escuchar a su paciente, entender su sufrimiento y sus miedos, y utilizar esa comprensión humana para ofrecer el mejor tratamiento. De nuevo la razón vital recuerda que, por más que se avance en el conocimiento técnico, nunca se debe perder de vista la dimensión humana de la vida.

El conocimiento, entendido desde la razón vital, se configura como una actividad arraigada en la vida concreta e histórica. Como afirma José Ortega y Gasset (1923). La razón pura tiene que ceder su imperio a la razón vital, lo que implica que el pensar surge desde la existencia misma y se orienta a esclarecerla. En este marco, el saber se transforma a lo largo de la experiencia vivida, exige revisión constante de las propias creencias y asume su carácter provisional. La vida se despliega como aprendizaje continuo, y la apertura a nuevas experiencias y perspectivas profundiza la comprensión de la realidad.

## **Conclusiones**

La reflexión sobre la razón vital orienta la comprensión del saber hacia su arraigo en la existencia concreta. El conocimiento aparece como una función propia de la vida, vinculado a la experiencia

histórica y personal, y adquiere sentido en la medida en que ilumina la propia circunstancia. De este modo, el saber se configura como ejercicio de orientación y esclarecimiento, integrado en el dinamismo mismo de la vida.

El conocimiento no es un proceso meramente técnico. A menudo se piensa en el saber como algo que sucede en esferas separadas de la propia cotidianidad, en laboratorios, bibliotecas o a través de teorías alejadas de la realidad vivida. Sin embargo, la razón vital enseña que el conocimiento verdadero surge de la interacción con el mundo, de las propias experiencias, emociones, y de la forma en que las personas se relacionan entre sí y con las circunstancias que les rodean. Esto implica que todo lo que se aprende y comprende, está atravesado por la vida misma.

Es importante revalorizar la subjetividad como una fuente legítima de conocimiento. El hecho de que cada individuo viva en su propia circunstancia, con sus propios desafíos y experiencias, no es una limitación para el saber, es más bien su base. Lo que se aprende del mundo y de sí mismo está condicionado por quiénes somos y por las circunstancias en las que vivimos. Esto no convierte el conocimiento en algo relativista, por el contrario, lo enriquece, lo vuelve más plural y más abierto.

Una de las principales implicaciones de este enfoque es la necesidad de repensar la forma en que educamos y transmitimos el conocimiento. En muchos sistemas educativos, el conocimiento está representado en la imagen de estudiantes que deben memorizar y repetir, separado de sus vivencias y emociones. Sin embargo, la razón vital replantea la educación para que esté más centrada en la experiencia, en la reflexión crítica y en el autoconocimiento. Esto significa que la enseñanza más que limitarse a transmitir información, debe ayudar a conectar lo que aprenden con sus propias vidas, a reflexionar sobre su significado y a desarrollar una visión crítica.

Al final, lo que la razón vital propone es una reconciliación entre la razón y la vida. A lo largo de la historia, se ha intentado separar ambas dimensiones, como si el pensamiento racional pudiera existir al margen de la experiencia humana. Sin embargo, esta separación es artificial y limita la comprensión del todo. La vida es el punto de partida para el conocimiento, y cualquier intento de comprender la realidad debe comenzar y terminar en la vida misma. Esta integración entre razón y vida es una forma completa y humana de entender el saber, una que no reduce la realidad a datos, sino que la reconoce en toda su complejidad y riqueza.

## Referencias

- Frankl, V. E. (2004). *El hombre en busca de sentido*. Herder.
- Ortega y Gasset, J. O. (1923). *El tema de nuestro tiempo*. Calpe.
- Ortega y Gasset, J. (1914). *Meditaciones del Quijote*. Espasa-Calpe.
- Ortega y Gasset, J. (2005). *El tema de nuestro tiempo*. Espasa-Calpe.